

REVISTA DE LA EDUCACION DEL PUEBLO



*a Julio Castro, al
Hombre Indestructible*



2a. época No. 37

Noviembre de 1987

UNA PUBLICACION INDEPENDIENTE

**los educadores uruguayos enfrentan
actual realidad y al porvenir.
los problemas, las responsabilidades
del educador y de la educación popular**

Director-fundador: Selmar Balbi

Redactor responsable: Alfredo Gadino

Consejo de Redacción:

Nancy Carbajal, Marta Demarchi de Miña,
Yolanda Vallerino, Ruiz Pereyra Faget

Colaboraron en esta publicación:

Judith Amado, Mabel Berardi, Néstor
Saverio Casella.

Precio de venta en librerías de la capital:

D. L. 225.213/87

Gamma Impresora

Inscripta en el Ministerio de Educación y

Correspondencia a: Revista de la Educación
Bartolomé Mitre 1337, local 102, Montevideo

COMISION DEL PAPEL

Edición amparada al art. 79, Ley 13.349

Sí; cuesta imaginar que un hombre como Julio Castro fuera uno de los otros hombres a morir. Pero los elegidos no fueron los pusilánimes combatientes.

Y Julio cayó como un mártir. Oficio de tinieblas, crimen aberrante, es sólo el suyo— por el cual todo el género humano podría ser cuestionado.

Exijamos la verdad y la condigna justicia. La verdad para poder enfrentar al dolor, finalmente la paz al corazón inmenso de los familiares de los muertos. Y también la justicia, para no convertirnos en cómplices de los del olvido y la traición.

HUGO

Editorial

Homenaje a Julio Castro

EL HERMANO

Hacia mucho tiempo que los educadores no nos reuníamos en un acto tan fervoroso y multitudinario como el que convocó en su torno la ilustre figura de Julio Castro, arrebatada de nosotros hace diez años.

Hombre pleno de afecto e inteligencia, Castro anduvo siete décadas por todas las tierras de América, y anduvo enseñando lúcida y modestamente.

Ya sin él, nos quedan para siempre sus libros pedagógicos, sus informes y actuaciones en congresos, sus crónicas periodísticas. Estas obras suyas estuvieron presentes en el acto de la Universidad, así como en conferencias dictadas estos días y en libros publicados recientemente en su homenaje.

Pero de alguna manera, también estaban allí el cariño entrañable, el sentimiento irrepetible, ése que tan fácilmente brotaba en torno a Julio y que volvía, una y otra vez, en la anécdota llena de picardía y en el sentimiento transido de dolor.

Porque así era Castro. Baste traer a la memoria, una de sus últimas cartas, en los duros momentos de la dictadura: recordando el parte de un comisario criollo. "La pobrecita debe haber muerto barriendo, porque la encontraron con la escoba en la mano", él agregaba la frase premonitoria: "Yo también moriré barriendo".

Porque el hombre que secuestró y mató la dictadura fue un ser humano íntegro, es que Miguel

Soler inició así, su intervención en el acto de homenaje:

"No deseo avanzar en ningún tipo de consideraciones acerca de la personalidad de Julio sin declarar mi condena —y creo estar en el derecho de suponer la de toda persona normal— ante ese hecho monstruoso que con un eufemismo llamamos la "desaparición" de personas y que, en lenguaje llano, no es otra cosa que un crimen con ocultación del cuerpo de la víctima y con la simétrica ocultación de las circunstancias de su muerte y de la identidad de los victimarios.

Vengo, pues, a este acto a protestar personalmente por la muerte de Julio, a acusar a quienes ejercían el poder en este país en la nefasta década de los años setenta por la institucionalización de las formas más abyectas del autoritarismo y por su silencio culposo de años y años ante el reclamo nacional e internacional por la suerte de este amigo. Vengo, igualmente, a expresar mi dolor y preocupación por la presencia en la sociedad uruguaya de criminales, torturadores, encubridores, embusteros e hipócritas, que surgieron en este país hace unos años y que se multiplicaron a un ritmo que, para un educador, no deja de plantear angustiosos interrogantes.

Vengo también a repetir a la compañera y a los hijos de Julio que en todos estos años les he acompañado —ellos lo saben— con dolor auténtico; que he llorado a Julio por lo mucho que le quería y debía y por lo importantes que fueron y son para mí, como para tantos y tantos

compañeros, las cosas que juntos logramos hacer. El día en que Carlos Quijano me llamó a París desde el México de su exilio para comunicarme la incierta suerte de Julio, comencé a transitar ese sinuoso camino que va de la confianza en la supuesta racionalidad de lo humano hasta el advenimiento progresivo de un duelo íntimo, pasando por meses de vaivén cotidiano entre esperanza y desesperanza.

En este proceso estuvieron hermanadas, en cruel aprendizaje, millares de familias rioplatenses para las que llegaría, penetrándolas despacio pero ineluctablemente, la certeza de la muerte de un ser querido.

Nos correspondió esperar mucho tiempo, por la fuerza de la tiranía armada, los días propicios a la investigación, el esclarecimiento, la verdad y la justicia. El 22 de diciembre último se nos dijo que había habido un error, que todos habíamos vivido equivocados, que lo que había parecido un aplazamiento era una cancelación definitiva, que las palabras verdad y justicia quedaban suprimidas de nuestro vocabulario básico, aventadas por otras que sonaban a algo así como pacificación, sosiego, perdón, olvido, silencio.

Las mujeres de este país primero y todos después se levantaron y dijeron: no, no viviremos a oscuras, los asesinos no quedarán impunes, impondremos, con la fuerza de la ley y de nuestro dolor, la justicia que se nos quiere negar.

Y bien, yo he venido también a sumar mi modesta voz a la de quienes no aceptan la impunidad como único cierre de tan doloroso período. Me niego a olvidar, me niego a perdonar. Nos negamos muchos, ya más de medio millón, y cada día somos más. Nos negamos, claro está, por Julio, pero también por todos los demás, por los hombres y mujeres maduros que cayeron, y por los jóvenes y por los adolescentes y por los niños, atropellados indiscriminadamente por la inhumanidad organizada a escala del área de influencia del imperialismo. No admitimos convivir en la sociedad uruguaya ni en ninguna otra sociedad, bajo ninguna circunstancia, con el asesinato, la tortura, la violación, la desaparición, la cárcel como medios de confrontación de ideas.

De modo que mi manera personal de honrar a Julio es pedir que su caso siga abierto hasta que los culpables de su muerte y desaparición sean conocidos y debidamente juzgados.

Y puesto que el daño que padeció nuestro común amigo le fue inferido bajo un régimen militar, he venido a formular votos, en este recinto de pensamiento, de ciencia y de humanismo, por el día en que nuestro planeta haya abolido todos los ejércitos y todas las armas, por el día en que la violencia entre hermanos haya desaparecido, aun en sus más sutiles y solapadas formas, por el día en que en este país nadie pueda dirimir las cuestiones públicas apretando el gatillo. Mientras existan gatillos y dedos en disposición de apretarlos, los que nos ocupamos de educación

deberemos cuestionar implacablemente nuestro trabajo, hasta lograr el desarme de las manos de las mentes. ¿Es éste un sueño? Claro que sí pero ¿qué función más alta cabe a la educación que la de sembrar sueños y cultivarlos, paciente y amorosamente, en perspectiva de siglos si es preciso, hasta su fructificación?"

EL EDUCADOR RURAL

Julio Castro nació en La Cruz, localidad de departamento de Florida donde concurrió a la escuela rural. De muchacho se trasladó a Montevideo donde se recibió, muy joven, en el año 27 en el Instituto Normal de Varones.

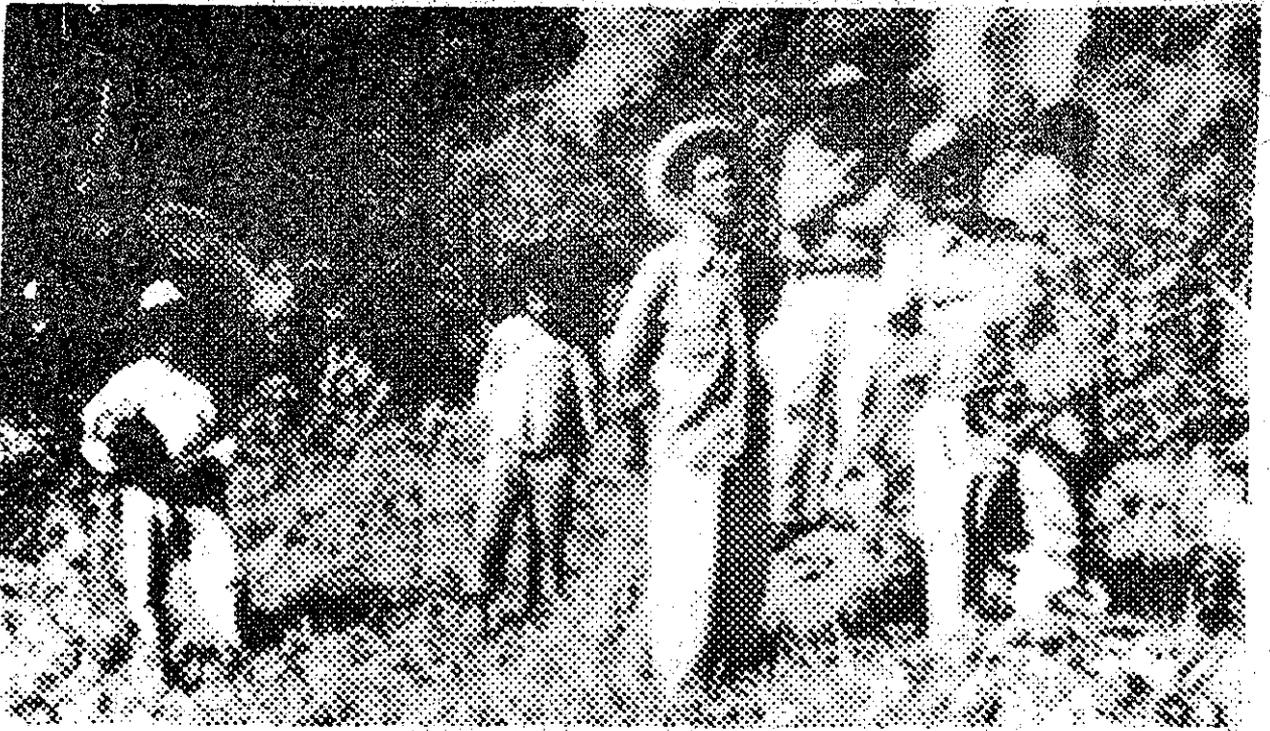
Aunque no fue nunca maestro rural, Castro identificó claramente los problemas de la escuela de nuestro campo, propuso salidas a esa situación y trabajó arduamente en torno a esas soluciones.

En el análisis del proceso de nuestra educación rural que realiza en el libro "Julio Castro, educador de pueblos", Abner Prada señala tres etapas en el período de actuación de Castro:

"En el período histórico que comprende la generación de maestros a la cual perteneció Julio Castro, se pueden señalar tres etapas de la escuela rural uruguaya. Por seguir los acontecimientos históricos y sin que ello implique en todos los casos relaciones de causa a efecto, esas etapas serían:

- Entre el golpe de estado de Gabriel Terra (1933) y el fin de la segunda guerra mundial (1945), una primera etapa que llamaremos de denuncia, que fue asimismo de propuestas y de búsqueda.
- Entre la inmediata post-guerra (1945) y el relevo en el poder de los partidos tradicionales (1959), una segunda etapa de experiencias y realizaciones en la que se concretó una doctrina educativa para el medio rural y cuyo suceso principal fue la aprobación y puesta en operación del Programa para Escuelas Rurales de 1949.
- A partir de 1960, una tercera etapa que llamaremos de la decadencia y que significó el desmantelamiento de los logros anteriores y la persecución a todos quienes lucharon por ellos. Esa etapa se extiende por la década del 60 y luego, a través de un oscuro período de represión en el Uruguay, hasta el retorno de la vida democrática".

Castro fue un protagonista en cada una de esas etapas, no por voluntad propia sino por su claridad conceptual, su espíritu de trabajo. Su libro "La escuela rural en el Uruguay" del año 1944, su intervención en la fundamentación y formulación del programa de escuelas rurales de 1949, su atención permanente a todas las experiencias realizadas en ese campo, su denuncia desde las páginas de "Marcha" del citado desmantelamiento de la Sección Educación Rural ("Entraron los



Recorriendo con maestros y campesinos zonas rurales de Venezuela.

caballos a la huerta" escribió, marcando para siempre a las autoridades de la época y sus consejeros "técnicos", su apoyo permanente al I.C.E.R. (entidad fundada por los maestros rurales) son algunos de los hechos que testimonian ese protagonismo.

Es de Julio Castro, la definición que abre como un pórtico, el programa de escuelas rurales: "La escuela es del pueblo, porque es la casa de los hijos del pueblo".

Y es fundamentalmente suyo el concepto de "escuela productiva", que el Programa del 49 formuló así: "La escuela no será productiva si la producción se entiende como exclusiva creación de bienes económicos. Será productiva, en cambio, si la producción se entiende como trabajo educativo y socialmente útil que pueda crear beneficios materiales para los alumnos. Este trabajo educativo tenderá a equilibrar la capacidad productiva del medio, con la comprensión inteligente de sus problemas y la iniciación técnica necesaria para su aprovechamiento en beneficio del bienestar campesino".

En 1972, el informe Faure ("Aprender a ser") dice: "Si se quiere dar todo su valor educativo a la enseñanza general es preciso preocuparse por armonizar la formación intelectual y la formación manual y mantener una correlación constante entre el estudio y el trabajo".

Veinte años antes Castro lo había impulsado y todas las escuelas rurales del país, lo llevaban a cabo.

EL MAESTRO AMERICANO

"América fue una preocupación constante en Julio Castro" afirmó Rodríguez Varela, en su

conferencia sobre la figura de este educador. "La recorrió viendo, aprendiendo, enseñando, trabajando". Desde el lejano 1943 en que integra la delegación del magisterio uruguayo al IV Congreso Americano de Maestros en Santiago, lo conocen en México, en Venezuela, en Perú, en Bolivia, en Ecuador, en Cuba y deja honda huella en cada lugar.

Su comprensión del drama americano se acentúa en cada viaje, en cada trabajo cumplido. Y al regreso, las notas, los informes, las conferencias nos hacen sentir hijos de la misma patria latinoamericana.

Un memorable ciclo de conferencias dicta en la Asociación de Bancarios en el año 48; ellas se publican con el título "Cómo viven 'los de abajo' en los países de América Latina".

Leemos en la página 9: "Atravesé, en Bolivia, en época de cosecha, alrededor de dos mil kilómetros; en Perú, anduve algo más de dos mil quinientos y a Ecuador lo atravesé todo, desde Guayaquil hasta salir por la frontera colombiana. En toda esa extensión, salvo el último tramo ecuatoriano, no vi en época de cosecha un solo arado de hierro, una sola segadora, una sola trilladora, ni siquiera una carreta o un carro". Y concluye con estas palabras: "Esa es la verdad. Lo otro son palabras. Y quedan, para las gentes que más o menos queremos pensar con nuestras propias cabezas dos soluciones posibles: o vivir bajo el mundo incommensurable y absurdo de las palabras, o vivir, luchando por superarlo, el triste drama de las realidades".

¿Son o no actuales estas afirmaciones, pronunciadas a viva voz en la Asamblea Latinoamericana de Educadores: "En la coyuntura actual, la satisfacción del sentimiento de nacionalidad e in-

dependencia está más allá de la innovación o del establecimiento de una soberanía estatutaria. Los pueblos de América ya cumplieron esa etapa hace más de cien años y saben por experiencia propia lo que valen las normas huecas de contenidos. Hoy sus legítimas aspiraciones sólo podrán ser satisfechas por la vía de la restitución de los recursos naturales enajenados; por la nacionalización de los servicios públicos explotados por organizaciones extranjeras; por la abolición de hipotecas y garantías lesivas para la dignidad nacional; por el pleno ejercicio del derecho a la autodeterminación y por el reconocimiento colectivo del principio de no intervención?"

¿Está o no vigente, y vivo, el pensamiento de Castro?

EL PEDAGOGO

En el homenaje citado, Marta Demarchi usó de la palabra en nombre de la Universidad. Y recordó a Castro "como profesor de Pedagogía, llevando a la práctica los contenidos del programa, dando impulso a las misiones culturales que se transformaron para nuestros estudiantes magisteriales en misiones socio-pedagógicas".

Y lo recordaba "preocupado como profesor de Filosofía de la Educación, en un momento en que primaban los planteos schellerianos, encaminando la investigación social con las siguientes afirmaciones: "Si la investigación busca conocer, determinar simplemente un fenómeno, la actitud del investigador puede ser objetiva, prescindiendo de las conclusiones a que lleva la investigación. Pero si la investigación lleva implícita la finalidad educativa de conocer para actuar sobre lo conocido, se pueden refundir las actitudes y los métodos a fin de realizar, en cierto modo, las dos tareas a la vez. El aspecto educativo del trabajo sirve así a los fines de la investigación y ésta da, a su vez, los elementos de conocimiento de ambiente y mundo social en que debe basarse la acción educativa".

Entre sus obras pedagógicas alcanzó gran difusión "El banco fijo y la mesa colectiva". Recientemente la profesora Yolanda Vallarino analizó este libro, señalando que en él, Castro enjuició el carácter verbalista de nuestra escuela (el libro es del año 1941), a pesar de la renovación vareliana, de los aportes críticos de Vaz Ferreira, las realizaciones de las escuelas experimentales, los congresos, etc.

"Si el banco representa, como dice Dewey, el elemento símbolo de la pedagogía tradicional, la mesa colectiva puede representar, del mismo modo, las tendencias generales de la nueva educación. Los fundamentos de la discusión se encuentran en esos dos conceptos distintos".

Y más adelante dice Castro: "Creemos que la mesa colectiva debe sustituir al banco fijo, porque entendemos que ese poder de sustitución reside en cuestiones mucho más hondas que el

simple cambio de mobiliario. Este ha resultado ser en la escuela un símbolo y una consecuencia. Símbolo porque comprende en sí elementos que configuran una manera de interpretar al niño; consecuencia, porque es un fruto material de esa forma de interpretación.

Todo esto se comprende claro, si se observan las consecuencias que tuvo el pensamiento pedagógico tradicional en la formación de su mobiliario, especialmente en el banco.

La disciplina se caracterizó por la quietud y el silencio; se adaptó el mobiliario de clase de acuerdo a ese fin. Pero como además, la enseñanza se reducía a oír y contestar, en medio de actividades exclusivamente intelectualistas, hubo necesidad de buscar el ambiente propicio para lograr, lo más ordenadamente posible, esa quietud. Por otra parte, una de las características de la escuela tradicional fue su cerrado individualismo: ni trabajos en grupo, ni realizaciones que no surgieran del esfuerzo propio y personal. Esto tuvo a su vez, como consecuencia el ideal del aislamiento. El niño, además de estar callado y quieto, debía estar solo.

Toda realización mutua se consideró o una cooperación ilícita, o una fuente de perturbación y anarquía. Los niños —40 o 50 en una clase— debían estar solos, cada cual por su lado.

A ese criterio —todo se enlaza— respondieron los premios de estímulo, los "puntos", las competencias del mayor rendimiento personal, la "posición de clase", el sentido de dosificación cuantitativa de la enseñanza de los programas y del contralor de la misma.

Son formas todas de aislamiento; y cuando en la escuela se disponen los bancos como en el tranvía, se busca la misma finalidad. ¡Cuántos maestros —los partidarios de los bancos unipersonales— quisieran que sus alumnos se comportaran en la clase como los desconocidos del tranvía, o en el cine, es decir, atendiendo exclusivamente a lo suyo, o exclusivamente a la lección verbalista que les ofrece el maestro!

Un individualismo exacerbado presidía el espíritu de la escuela. Como el hombre realizaba en el exterior la lucha por la vida, el niño, en la escuela, vivía también en un clima de lucha por su supervivencia, frente a los demás".

EL PERIODISTA

Y bien, se preguntará el joven lector: ¿Qué fue Julio Castro?

Rodríguez Varela nos ayuda en tan amplio itinerario vital: "¿Maestro, periodista, político, estudioso del problema imperialista en América Latina, sociólogo del medio rural, fino humorista, inclusive, desde el rincón inolvidable de "La mar en coche" o los "7 enanitos" de MARCHA?"

"En esa multifacética personalidad había una faz de Julio Castro que entendemos fue de total originalidad en el panorama cultural del país: la

del maestro periodista, o viceversa, que llevó a la prensa periódica la problemática de la educación nacional. (...) Julio Castro fue el periodista diferente. Repetidamente escribía sobre enseñanza. Revisando la colección de Marcha se encuentra cantidad de notas en las que Castro, al hacer de los temas de educación nota periodística, ponía inteligentemente en el conocimiento y preocupación del lector corriente, especialmente del lector no educador de profesión, los problemas de la enseñanza, adentrándolo en el mundo del quehacer más grato y más difícil que existe: educar. "A la vez, enseñaba y alertaba al propio educador".

Sus artículos sobre las misiones socio-pedagógicas son de antología, por el calor, la profundidad y la claridad con que enfocan el tema de la vida en los rancheríos. Quede una pequeña muestra de los mismos:

"Pueblo Fernández es un típico rancherío de frontera, con todos los problemas comunes a los pueblitos fronterizos. Pues bien, durante treinta o cuarenta años se viene repitiendo que el problema de las "escuelas de frontera" es el lenguaje. Hay que contrarrestar la influencia y la infiltración del portugués —se ha repetido hasta el cansancio— oponiéndole una sana preocupación por depurar el castellano.

Y el problema es otro. Lo decimos nosotros, que llevamos ya una vida dedicada a la enseñanza

primaria. Hay hambre, suciedad, abandono, promiscuidad, enfermedades. Hay que atacar todo eso. Y mientras eso no se combata, que sigan hablando la jeringonza que hablan. Se entienden y eso basta. Después que se corrijan, o, por lo menos, se ataquen los problemas de carácter económico, social y sanitario, vendrán las preocupaciones de orden cultural.

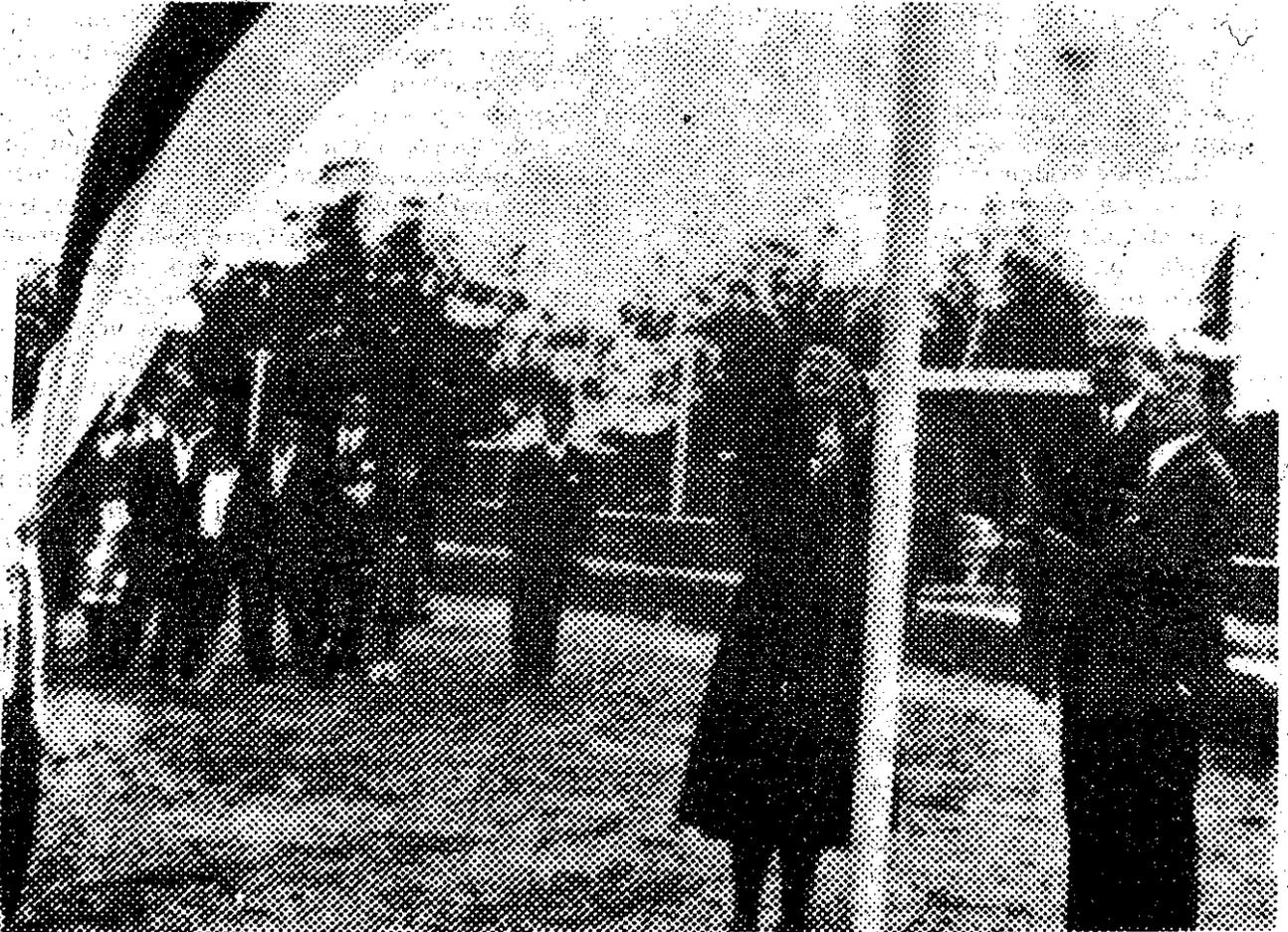
Nadie graduó mejor la urgencia de los problemas que aquel niño que entre el cine y los títeres, prefirió la polenta".

EL LUCHADOR

Un hombre que vivió así, que construyó tanto, un hombre al que los enemigos de la educación de los pueblos secuestraron y mataron, ¿qué nos reclamaría?

La voz de Soler al término de su conferencia, buscaba ese camino:

"Les propongo una doble línea de acción: por un lado, insistamos —y el pueblo uruguayo lo está haciendo con unidad y valor— en la búsqueda de la verdad y en la vigencia de la justicia; por otro, honremos a las víctimas de la dictadura, quebrando el silencio, venciendo el olvido, abriendo cauces concretos para que vuelvan a estar entre nosotros. Mientras logramos reencontrarnos con sus cuerpos, creémosles espacios espirituales, para que nos sigan acompañando, con la alta au-



izando el pabellón patrio en la escuela de Villa García.



Carlos Quijano y Julio Castro integraron la dirección del legendario semanario "MARCHA".

toridad que les confiere su condición de mártires.

Respecto a Julio, esto ya se ha estado haciendo: una biblioteca sindical lleva su nombre, una escuela pública ha de denominarse pronto "Maestro Julio Castro", libros y revistas son editados en su homenaje. Bien está. Como decía Martí, honrar honra. Me pregunto si no debemos ir más lejos aún. Yo les invito a unos instantes de reflexión sobre un grave problema de la sociedad uruguaya de hoy, determinante del tipo de sociedad que tendremos mañana.

Múltiples evidencias llevan a poder sostener que una elevada proporción de niños se encuentran entre las víctimas más sacrificadas de los regímenes que se han estado sucediendo en el poder en los últimos años. Sigamos a Julio, en sus métodos de trabajo. ¿Qué haría Julio ante la situación de emergencia en que se encuentra un cuarto de millón de nuestros niños?

Seguramente, comenzaría por el estudio y presentación de los hechos, por ver y hacer ver la realidad tal cual ella es, la realidad global, en primer término, y luego, las incidencias de esa realidad sobre la vida de los niños. Sobre la vida y también sobre la muerte, claro está. Nos recordaría los principios sobre los que habíamos estado de acuerdo, contenidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, en la Declaración de los Derechos del Niño de 1959, en los artículos pertinentes de nuestra Constitución y en ese documento, pionero y ambicioso, nuestro Código del Niño, aprobado hace ya 53 años!

Sin duda Julio no se conformaría con ponernos delante del drama exponiéndolo estadística y jurídicamente. Saldría a buscar al niño. Volvería a su pueblo natal para contarnos en qué estado lo encuentra; en Caraguatá compararía los niños de hoy con aquéllos que vio en el invierno

de 1945; visitaría escuelas rurales; a unas cuantas las encontraría cerradas, por no ser presupuestalmente "rentables"; de otras tal vez dijera que están muy lejos de ser como él nos las propuso, hace casi medio siglo.

No se olvidaría Julio de los niños del suburbio urbano y se alarmaría y nos alarmaría y subrayaría la gravedad del hecho de que no existan políctias, programas y metodologías para proteger a niños y adolescentes en situación de tan alto riesgo.

Hasta puedo imaginarlo, subido una madrugada a uno de esos carritos basureros y entrevistar al niño auriga, desde el centro hasta el suburbio. Y contarnos, más que su miseria, su resistencia, su madurez de proletario prematuro, su seguro protagonismo en el desconocido Uruguay del siglo XXI.

Y para terminar, nos convocaría, seguramente, a la acción, diciéndonos: no bastan las acciones meritorias aunque fragmentarias, débiles e inconexas que se han emprendido; es hora de unirnos para echar a andar un programa nacional y popular de defensa del niño vulnerado y vulnerable. Nada es tan urgente como detener lo antes posible los enormes daños que afectan a nuestros niños. De aquí en adelante, la reconstrucción de este país, que fue motivo de orgullo para nosotros y de admiración para los extraños, pasa por la defensa del menor, primera e irreductible prioridad nacional, asumida en primer término por el pueblo. Todo merece ser postergado mientras quede un niño que carezca de alimentos, de servicios de salud, de educación, de techo y de abrigo, mientras quede un niño que dude de que la sociedad entera se interesa al margen de nuestras infinitas querellas de adultos, por su destino. Y ello, naturalmente, sin que renunciemos a otro tipo de cambios que hagan imposible la recaída en esta tan grande injusticia.

¿Puede, quiere el pueblo uruguay aceptar esta interpretación de la vida y de la obra de Julio, de la vida y de la muerte de los mártires nacionales? La palabra la tenemos todos porque ésta es cosa de todos.

Sigamos honrando, con el recuerdo y con la acción, a nuestros muertos. Si aceptamos los retos que nos plantea la historia, si somos capaces de cerrar filas en torno a objetivos de cumplimiento inexcusable, como éste que, en nombre del Julio militante de siempre, me he permitido plantearles, sentiremos que los desaparecidos no nos abandonaron del todo, que su sacrificio no fue vano".

Noviembre de 1987.